

Cuarto Centenario de la muerte  
de  
San Ignacio de Loyola,  
Fundador de la Compañía de Jesús.

Por el R. P. MICHEL RIQUET, S. I.

Con sus cúpulas de grandiosas perspectivas, sus altares y sus columnas de mármol, sus bronce y sus adornos de plata maciza, su globo de lapis-lázuli único en el mundo, la Iglesia del Gesú, en Roma, constituye uno de los más extraordinarios ejemplares de ese estilo suntuoso y de extrema riqueza que fué, con o sin razón, llamado "estilo jesuita". Pero si, más allá de las sacristías del espléndido edificio, os aventuráis entre los numerosos corredores y escaleras que lo comunican con la primitiva residencia romana de los Jesuitas, llegaréis a un cuarto de una pobreza extrema. Allí fué donde, en la madrugada del 31 de Julio de 1556, falleció, solo y totalmente despojado de los bienes de este mundo, Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús.

El contraste entre esta soledad, este abandono del hombre y la suntuosidad de la basílica construída sobre su tumba, no causa extrañeza a los Romanos. En Roma, existe una tradición milenaria que consiste en cubrir con imponentes monumentos la sepultura de los pobres de Cristo. Pero, hay algo más. Este sacerdote que moría pobre había, antaño, conocido la opulencia de una noble casa. Aún más, acababa de dar a la Iglesia Católica una milicia que ya se empleaba en servirla en todos los continentes que la audacia perseverante de los Cristóbal Colón y de los Vasco de Gama, de los Cabral y de los Magallanes acababa de descubrir. Después de cuatro siglos, sigue su obra. Y esa supervivencia de Ignacio de Loyola, en esa Compañía que sigue siendo hoy día tal cual él la había concebido y realizado, merece ciertamente que sus hijos celebren ese cuarto centenario de su muerte, revelando a sus contemporáneos el secreto de su continuidad.

Todo puede resumirse en la experiencia vivida por un hombre del siglo XVI de lo que fué la vida y la misión de Cristo en este mundo. Vivir como compañero de Jesús, compartiendo todos los riesgos, las pruebas, los oprobios y las humillaciones, las alegrías y las penas, las condiciones de

vida y las tareas de su existencia terrenal; tal es, hoy como ayer, el objeto esencial del Jesuita.

Tal es, en todo caso, lo que se proponían los siete estudiantes de la Universidad de París que, en la mañana del 15 de agosto de 1534, se habían dado cita en Montmartre, en la capilla baja del santuario edificado en el lugar llamado del martirio de San Dionisio y de sus compañeros, el *Martyrium*. Ninguno de ellos pensaba entonces fundar una nueva congregación, ni tampoco ingresar a alguna de las órdenes religiosas que existían en aquel tiempo. No se proponían nada más, pero tampoco nada menos, que "consagrarse totalmente al servicio del Señor, con perpetua pobreza y castidad", primero realizando el viaje a Jerusalén, y luego poniéndose a la entera disposición del Papa. Al voto de estabilidad que incluye todas las obligaciones del monje benedictino, retirado para siempre en su monasterio, sustituían otro muy distinto, el de una total disponibilidad a las órdenes de misión de los Vicarios de Cristo.

Este proyecto básico se había formado en su corazón cuando se habían entregado a esos ejercicios espirituales en los cuales habían sido iniciados por su decano, ese estudiante cuarentón, ingresado tarde al mundo de las letras y del humanismo, convertido en cojo por una antigua herida y que la pobreza de su vestimenta, como su manera de hablar, exponían al desprecio de la juventud elegante.

Según su propia confesión, hasta los veintiséis o treinta años, Don Iñigo López de Loyola, había sido "un hombre completamente entregado a las vanidades del mundo y que, principalmente, se complacía en el manejo de las armas con un gran deseo de lograr honores". Más tarde, su secretario y confidente, el Padre Polanco, dirá que, en su juventud, Ignacio de Loyola demostraba "una gran atracción hacia el juego, las mujeres, las peleas y los hechos de armas".

Huérfano a los quince años, realiza en la Corte, siguiendo a su protector, Don Juan Velásquez de Cuéllar, Gran Tesorero de Castilla, el aprendizaje de todos los papeles de paje, escudero y caballero. Sueña con la gloria y el amor. La dama de sus pensamientos, dirá, era "más que condesa, más que duquesa", sin duda una infanta: doña Catalina, la hermana de Carlos Quinto.

En 1521, la fortaleza de Pamplona es asaltada por los franceses. Ignacio de Loyola convence a un puñado de valientes que deben resistir de cualquier manera. Pero, mientras combate, una bala de cañón le quiebra las piernas. Largos meses de inamovilidad, en el Castillo de Loyola, llevarán al valiente caballero a meditar sobre la vida de Cristo y de los santos. Se inicia al análisis de sus estados de ánimo y de las alternativas de turbación y de paz, de consuelo y de desconsuelo que provocan, en él, sus proyectos y resoluciones de una vida más cristiana.

Por fin, restablecido, se le ve en el monasterio de Montserrat suspender su espada ante el altar de la Virgen. Armas, armadura, dinero, caballo, ricos adornos, deja y entrega todo. Ya sólo conoce a un Señor único: Jesucristo. Lo servirá, en adelante, con el ímpetu y la generosidad de su alma caballeresca: "con grande ánimo y liberalidad".

Durante cerca de un año (1522-1523), en Manresa, lleva una vida de penitente y de eremita. El soldado se convierte en místico. Se dedica a buscar a Dios, "a conocer íntimamente al Señor que, por nosotros, se hizo hombre, con el fin de amarlo más y de seguirle". Para mejor lograrlo, emprende la peregrinación a Jerusalén, no a la manera de los cruzados, sino a la manera de Francisco de Asís, Caballero de la Pobreza. Sueña con vivir siempre en el país de Cristo. Pero, tal no es su destino. El Custodio de Tierra Santa lo obliga a volver a Europa. La efervescencia de los Espíritus se halla al máximo. Es el Renacimiento, es la Reforma. Un Erasmo exclama entonces: "Dios, qué siglo comienza y cómo desearía rejuvenecer".

Pero, ¿cómo atender a tantos problemas que se plantean en todos los dominios? ¿Cómo calmar la fiebre de las almas deseosas de saber, embriagadas con las novedades, sin conocer bien las causas y los remedios de su inquietud? A los treinta y cuatro años, Ignacio de Loyola, que sólo sabe leer y escribir el castellano, va a la escuela para aprender el latín, y más tarde las artes y la teología. Después de ensayos mediocrementemente recompensados, en Barcelona, Alcalá y Salamanca, llega a París en febrero de 1528.

Mientras preparaba una licenciatura en artes en el Colegio Montaigu, de donde sale Juan Calvino; luego, en Santa Bárbara, sus grados en teología, Don Iñigo ha encontrado y convertido a sus primeros compañeros, el saboyano Pedro Favre, el portugués Simón Rodríguez, los españoles Santiago Láinez, Nicolás Bobadilla, Alfonso Salmerón, Francisco de Javier, todos ellos estudiantes de la Universidad de París. Bajo su dirección, cada uno de ellos ha seguido esa serie de reflexiones y de experiencias espirituales con los cuales ha cubierto el itinerario de esos Ejercicios Espirituales que, desde Manresa, se ha dedicado a perfeccionar. Por un completo renunciamiento a todos los afectos y pasiones desordenadas y por la imitación ferviente de Cristo, se encaminan a la perfección en el amor de Dios que se manifiesta y se comprueba en una abnegación activa para lograr la salvación de los hombres, nuestros hermanos. Al final de esos Ejercicios, que se prolongan durante un mes entero, ya no se trata "de vivir para sí, sino para Aquel que murió y resucitó por nosotros".

Tal fué el punto de partida común para estos jóvenes que, en la mañana del 15 de agosto de 1534, en Montmartre, se comprometían en una aventura que debía pasar por Jerusalén, pero que la Providencia orientó hacia Roma, donde, desde 1539, sometían a la aprobación del Papa Paulo III el proyecto de un Instituto religioso "principalmente destinado a emplearse a la defensa y a la propagación de la Fe, al progreso de las almas en la vida y la doctrina cristiana, por medio de prédicas públicas, lecciones y todo ministerio de la Palabra de Dios; por medio de los Ejercicios Espirituales, la educación cristiana de los niños y de los humildes; por la administración de los Sacramentos, la reconciliación de los enemigos, el consuelo y la atención de los que se hallan en la prisión o en el hospital y todas las demás obras de caridad, según esto parezca conveniente para la mayor gloria de Dios y el bien común; todo esto de una manera absolutamente gratuita y sin aceptar ningún dinero por el trabajo realizado".

Todas las formas del ministerio apostólico, todas las iniciativas de la caridad con relación al prójimo, están incluidas en esta fórmula. El resto, régimen y clase de vida, instalación de los locales, disciplina interior, preparación y formación de los reclutas, todo se halla subordinado a estos fines apostólicos. Ningún asunto que se refiera al vestido, al horario, al oficio monástico, debe perturbar la actividad apostólica emprendida bajo la dependencia y por iniciativa de los superiores, principalmente del Soberano Pontífice, al cual cada uno se halla ligado por un voto especial de obediencia "para toda misión que se refiera al progreso de las almas y la propagación de la fe, en cualquier provincia donde sea enviado, ya sea donde los Turcos, ya sea a otros pueblos infieles, aún en esos países que se llaman las Indias".

Por institución y vocación, la vida del Jesuita será itinerante y misionera. Mientras Rabelais, su contemporáneo, se contenta con viajes imaginarios en islas de su fantasía, los primeros compañeros de Ignacio van a seguir la huella de los conquistadores hacia las Indias y hacia las Américas.

Desde el 7 de marzo de 1541, Francisco de Javier se embarcó para Goa. Diez años más tarde, en las carabelas de Portugal o en los juncos chinos, habrá recorrido, desde Lisboa a las Indias, desde las Molucas hasta el Japón, millares de leguas, y bautizado, según se dice, a un millón de infieles. Durante esa misma época, sus compañeros Broet y Salmerón, navegan hacia Irlanda y Escocia, donde son enviados por el Papa para reconfortar a los católicos perseguidos por Enrique VIII. En las orillas del Rhin, Pedro Favre lucha contra la seducción luterana y recluta para la Compañía de Jesús a ese Pedro Canisio que, de Nimega a Viena, fijará los límites de los territorios que seguirán fieles a la obediencia católica y romana.

Mientras tanto, se abría en Trento el Concilio Ecuménico que va a definir la fe de la Iglesia y reformar su disciplina. Allí se ve y destacan, por la amplitud de su erudición, sus vigorosos argumentos, la seguridad de su teología, tres de los primeros que se comprometieron en Montmartre: Lejay, Salmerón, Lainez. Lainez, que, cierto día, mantuvo durante tres horas la atención del Concilio, que citaba con precisión a treinta y cinco Padres de la Iglesia de quienes había asimilado personalmente las voluminosas obras. Después, se le verá, con sus compañeros, dedicado a alimentar y a vestir a los pobres del lugar. Un Vicente de Paul doblado de un Tomás de Aquino.

Es así cómo los había soñado Ignacio de Loyola. Y tal es la razón de ser de esos doce o quince años de experiencias, de estudios literarios, filosóficos y teológicos que impone, desde entonces, a los centenares de reclutas que comienzan a afluir hacia su Compañía. Desea que se hallen preparados para todas las exigencias del apostolado en todos los medios, los más pobres y los más desarrollados, los más atrasados y los más sabios.

Cuando muere, el 31 de Julio de 1556, quince años después de la primera aprobación pontificia de su Instituto, éste ya cuenta con un centenar de establecimientos repartidos entre doce provincias —entre las cuales figuran la de las Indias y la del Brasil— y con un millar de Jesuitas. Cuarenta

y cuatro años más tarde, en 1600, el Catálogo impreso en Roma menciona 23 provincias, 353 establecimientos, entre los cuales se cuentan 245 colegios, y 8.519 Jesuitas dispersos en todos los continentes: en Asia, de Siria, a la China y el Japón, de las Indias a las Filipinas; en Africa, de Abisinia al Congo; en las Américas: de la Florida al Brazil, de Chile a Méjico; Europa entera, hasta Polonia, Grecia y Constantinopla. Serán vistos como astrónomos en la corte de los Emperadores de la China, o como fundadores de repúblicas en el Paraguay, y también entregados a las tareas más humildes; tales como Pedro Claver, consagrado por entero al servicio de los esclavos negros traídos del Africa a América; Francisco Regis, Julio Maunoir, Francisco de Hiéronymo, entregados al apostolado entre las más pobres poblaciones de los Cévennes, de Bretaña y de Calabria; como los que murieron mártires predicando el Evangelio a los Iroqueses y Hurones del Canadá. A todos estos hay que agregar la masiva cohorte, generalmente anónima, de esos regentes y profesores que, en los colegios de la Compañía, en el Cuzco y en Goa, como en Roma, en París, etc., formaron las élites de los últimos siglos.

Pero, ni esta dispersión, ni esta diversidad de empleos jamás lograron comprometer esta unidad espiritual y el ideal que, soldaba los corazones de los siete primeros Compañeros de Montmartre. Hoy como entonces, lo que hace que un Jesuita se conduzca en la vida de la misma manera que cualquier otro Jesuita; que un Jesuita de Francia o de Inglaterra no se halle como un extraño ni entre sus hermanos de América, ni entre los de Asia, es que unos y otros se han formado en la misma escuela de los Ejercicios Espirituales, que han sido sometidos a las mismas pruebas, las mismas probaciones, como los primeros Padres.

Ningún reglamento, ningún estatuto jurídico podría suplir esa disposición fundamental del alma que se adquiere en la práctica de esos Ejercicios Espirituales que formaron a San Ignacio, San Francisco Javier, Pedro Favre y sus compañeros de la primera hora. Las Constituciones sólo fueron en el pensamiento de San Ignacio la aplicación de los principios planteados por los Ejercicios. Por eso se inician con esta afirmación que "para asegurar la conservación, el gobierno y el progreso de esta pequeña Compañía, la ley interna del amor y de caridad que el Espíritu-Santo acostumbra a escribir e imprimir en los corazones servirá mucho más que todas las constituciones exteriores".

Para el Jesuita, como para todo cristiano, el primero y el más grande mandamiento perdura: "Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y amarás a tu prójimo como a ti mismo". Pero se trata de lograr los medios. Si se escoge a la Compañía de Jesús, es precisamente porque se espera encontrar en ella, por el ascetismo y la mística de los Ejercicios Espirituales, como por la larga serie de pruebas, probaciones, estudios y experimentos impuestos por San Ignacio a sus reclutas, la mejor manera de llegar a ser "verdaderos en el amor".

(Traducido de "Jours de France, N° 88, del 21.7.56, por J. K. M.).